

PAU,
EL HOMBRE
QUE MIRA LEJOS

PABLO J. RICO

PAU,
EL HOMBRE
QUE MIRA LEJOS

© Pablo J. Rico

© de esta edición: Los libros del gato negro

© de la ilustración de cubierta: Basada en el óleo *Monje frente al mar*, de Caspar David Friedrich, intervenida por Ángel Duerto, Paco Rallo y Pablo J. Rico

© de la fotografía del autor: Pablo J. Rico

info@loslibrosdelgatonegro.com

www.loslibrosdelgatonegro.com

Impresión: INO Reproducciones, S.A.

Zaragoza, mayo de 2021

ISBN: 978-84-122432-9-1

DEPÓSITO LEGAL: Z

(Impreso en España)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720445).

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

*A todos los libros de mi biblioteca y a sus autores,
porque en su lectura aprendí a escribir
y ambicioné humildemente estar entre ellos.*

*A todos los artistas que me enseñaron a mirar lejos
y profundo, hasta vislumbrar lo invisible, porque sin
ellos sería ciego de solemnidad.*

*A los maestros que reconozco como tales: don
Federico Torralba, Hidetoshi Nagasawa
y Franco Monti.*

A las matriarcas de mi sangre: Mari y Elena.

*A Teresa, mi lectora modelo y mi compañera
de vida...*

Estimado ¿Pablo, Pau, Paul...?

Hace semanas que quería escribirle, pero no encontraba el tiempo ni el ritmo para hacerlo a mi gusto, ni qué decir que no hubiera desechado antes decenas de veces. Estimado desconocido, me sorprende e inquieta a partes iguales. Y no solo literariamente.

Fue una sorpresa mayúscula recibir su manuscrito en mi domicilio a la vez que en mi cuenta personal de correo electrónico. Son hogares que conocen solo unos pocos amigos familiares, todos ellos cómplices de mi vida reservada, hasta cierto punto clandestina, a los que he insistido en múltiples ocasiones que respeten mi modo de actuar en mis querencias profesionales y mi inclinación al anonimato. Es evidente que alguien no entendió mis motivos particulares o usted lo convenció de que los suyos eran más sólidos y fundamentados para llegar directamente a mis ojos, que es como decir a mi corazón y mi cerebro, donde tramo mis afinidades sentimentales y elaboro mis juicios críticos. Al principio me sentí molesta por tal invasión de mi intimidad, luego me ganó la curiosidad y, más tarde, por qué no confesarme, algunos fragmentos de sus relatos, lo que narraba y cómo lo decía; en fin, su historia, su literatura.

Si ha llegado tan fácilmente hasta mí es que conoce mi triple personalidad literaria. Es obvio que usted se dirigía a la misteriosa Erika Fuster, la editora independiente y asesora literaria de algunas de las más solventes editoriales de originales en español. Imagino que antes de tomar su atrevida decisión habrá considerado que soy muy exigente en mi relación con los escri-

tores que represento, además de caprichosa e impredecible en mis gustos literarios. Sirvan de ejemplo mis primeras ediciones de Benito Portavella, Antón Briviesca y Dámaris Lavalle, entre otros jóvenes y no tan jóvenes escritores con talento que rescaté entre toneladas de manuscritos en trucados concursos literarios a ambos lados del Atlántico. Pero su envío postal no llegó a mi oficina sino a mi domicilio particular, que está a nombre de mi auténtica personalidad conocida, Valerie Wolfman, traductora de novelas de intriga y misterio, cuya saga *Los casos perdidos de Sylvie Duchamp*, una misteriosa novelista *amateur* norteamericana que se esconde bajo este nombre ficticio, es quizá su trabajo más reconocido... Así que Erika, Valerie y Sylvie lo saludan al unísono y le compartimos nuestras distintas impresiones sobre su literatura... ¿Qué de eso se trata, no?

Erika se sintió muy traicionada por no saber quién todavía. No le gusta que nadie tome ningún atajo para llegar a sus manos. Prefiere encontrar ella misma los autores y sus interesantes obras entre los desechos de los concursos, los blogs menos afortunados en la *blogland* global y las autoediciones en las plataformas más cutres. Erika quiere que sus futuros ahijados literarios se lo curren y aprendan a sufrir y reinventarse fracaso tras fracaso. ¡Hay tanta coquetería literaria por el mundo! Tantos advenedizos que han plantado un chito de geranio y adoptado un perro y ya se creen con la obligación de escribir un libro y publicar en cualquier editorial de renombre por puro esnobismo. Incluso, aspiran a convertirse en autores de éxito nada más salir a la luz o merecer una breve reseña en la lista de novedades literarias y nombres «emergentes» de *El Cultural*, *Babelia* o la sección de libros de *ABC*, en *Quimera*, *Visor*, *Revista eñe* o *Revista de Libros*, *Granite & Rainbou*, *Granta en Español* o *Letras Libres* (edición mexicana o española), qué más da, y que Karina Sainz Borgo les haga una entrevista amable en *Vozpópuli*... ¿Por

qué no? Si lo consiguen, se pondrán a fabricar presuntos *best sellers* como churros.

Erika dejó el grueso ejemplar de sus relatos encuadernado en espiral encima del montón de manuscritos que la habían decepcionado en unos pocos saltos de lectura de siete en siete páginas —a «modo siete», dice en su jerga—, rechazándolos definitivamente. No lo abrió siquiera para leer el índice o ver cómo los había compuesto o qué interlineado había elegido. Únicamente leyó su título bajo la cubierta de plástico transparente: *HISTORIA FRAGMENTADA DE PAUYANES Y OTROS RELATOS PAULINOS*. Un título desafortunado, qué quiere que le diga, con cierto tufillo rancio de escritor aficionado a folletines dieciochescos. O así.

En aquellos días de noviembre estuve muy ocupada con los preparativos de mi viaje a México, a la FIL de Guadalajara, a la que había sido invitada para participar en diversas actividades por distintas vías. Primero, por la organización, que no era la primera vez, ya que, además de ser tapatía, colaboré con la Feria a finales de los noventa en la Coordinación General de Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara —¡uf! qué largas y pomposas son estas denominaciones administrativas en México, y no digamos su obsesión por las abreviaturas o sus siglas: ¡CGCSUG!—. Ya residiendo en España, desde 2003, he participado todos los años en la Feria en diversos coloquios sobre traducción y literatura; y en una ocasión, en 2009, presenté al joven escritor jalisciense Bernardo Esquinca, dialogando con él sobre su última novela, *Los escritores invisibles*, una obra que creí me retrataba en algunos de sus pasajes y me hubiera gustado editar personalmente. En esta reciente edición, la FIL me pidió que participara con una conferencia sobre Emmanuel Carrère, flamante Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, al que conocí y entrevisté hace poco más de dos años

cuando el escritor y guionista fue miembro del jurado del Festival de Cine de Venecia. Aquella entrevista, centrada casi exclusivamente sobre Limónov, y mi artículo de opinión literaria sobre el autor francés y la literatura *quest*, los publicó *Letras Libres*. Emmanuel me felicitó calurosamente y desde entonces hemos mantenido una fluida correspondencia.

También me había comprometido a dar una conferencia-taller sobre traducción, en concreto, sobre mi experiencia como única traductora directa de los manuscritos de Sylvie Duchamp, responsable de supervisar y autorizar todas las demás traducciones de la «escondida» escritora *naiiv* norteamericana de ascendencia criolla, con sangre nativa chitimacha, tataranieta de *affranchi* o liberto de color, biznieta de francesa acadiana y nieta de español, canario. No era la primera vez ni será la última. Sylvie sigue siendo un fenómeno literario internacional, sobre todo en EE.UU. y Latinoamérica. Hasta el momento hemos publicado cinco novelas y una colección de poemas, cada vez con mayor éxito de ventas y críticas muy elogiosas. En la última Feria del libro de Frankfurt, por ejemplo, hemos vendido sus derechos de edición a una decena de editoriales en cinco nuevos idiomas, entre ellos el chino. No sé si sabe que todos sus derechos de publicación los ejerce una pequeña editorial con sede en Andorra, de la que poseo, obviamente, el 66,6 % de sus acciones.

También el Ayuntamiento de Madrid me propuso participar en la FIL —pues Madrid fue la invitada de honor de la pasada edición— en una mesa «triangular» junto a Elena Poniatowska y Soledad Puértolas sobre el tema genérico La mujer en la novela actual. Evidentemente, yo solo hablé de «la mía», Sylvie Duchamp. Creo que mi presencia y aportaciones en medio de aquellas divas literarias fue insignificante y totalmente prescindible. Así que no tengo nada más que decir al respecto.

Estos trabajos de traducción, crítica literaria y entrevistas los firmo, evidentemente, como Valerie Wolfman, mi nombre real, traductora y comentarista de libros en un montón de revistas americanas, también en alguna española. Erika Fuster es el heterónimo que utilizo en mi versión «editora 2.0». Muy pocos me conocen en «carne mortal» pero son muchos los editores que comparten mis hallazgos literarios, solicitan mi consejo sobre tal o cual autor o me envían sus originales antes de decidir si lo publican o no. En estos trece años como agente literaria y editora «ocultada» he publicado ya veintitrés novelas y alguna obra de no-ficción de una decena de autores noveles cuando los descubrí.

En fin... no sé por qué le cuento esto que seguramente ya conoce o está al tanto, pero me apetece hacerlo antes de repasar su obra y darle algunos consejos que espero atienda para nuestro bien común. Usted ha tenido la confianza, ¡y el atrevimiento!, de enviarme su historia y yo no puedo por menos que compartirle algunos fragmentos de mi triple personalidad con la convicción de que en una de esas encontraremos el paso y el ritmo adecuados para reescribir su historia a cuatro manos o al menos ensayar un estimulante *pas de deux* literario. *Play it by trust*, juega con confianza; juguemos, pues... Continúo mi relato de cuándo y cómo leí por primera vez su Pau Yanes...

Tenía por delante dos semanas realmente intensas, no solo por mi trabajo y presencia en la FIL, también emocionalmente. La Feria estuvo abierta del 25 de noviembre al 3 de diciembre, ¡nueve días! Saqué mis boletos aéreos para viajar el jueves 23 en un vuelo con escala en Ciudad de México y regresé a Madrid el 6 de diciembre. Solo estuve un día ausente en la FIL, el jueves 30, que lo reservé para conmemorar los nacimientos de mis padres y el día que se encontraron por primera vez. Así que fui a visitarlos al Panteón de Saluyita, a una hora por carretera de

Puerto Vallarta, donde descansan sus cenizas. Hacía siete años que no iba a «hablarles» a su tumba, me entristecía más de lo soportable, menos mal que he superado ese estado.

Dejo por ahora el relato de mis andanzas en Guadalajara y regreso a Madrid unas horas antes de ir al aeropuerto para tomar mi vuelo. Afortunadamente, el avión salía a media noche, así que tuve todo el día para preparar mis cosas y mi equipaje. No es fácil para una mujer como yo preparar una maleta para quince días en México, y más a finales de noviembre en Guadalajara, que no tiene nada que ver con el clima de Madrid en esas fechas ni la informalidad en el vestir de las españolas. Las mexicanas cuidamos mucho nuestro decoro para cada ocasión. Casi toda mi ropa debía ser de entretiempo, pero también alguna cosa de «semi» verano. Tenía que llevar ropa informal y formal, de todo un poco, que fuera «ponible» en diversas situaciones, me sintiera cómoda y transpirara a gusto. Y qué decir de los zapatos y las «imprescindibles» zapatillas deportivas... En las nueve jornadas sucesivas de trabajo en la FIL no puedes ir todos los días de uniforme como la Merkel. Hay que llevar en la maleta, al menos, un par de pantalones de mezclilla (vaqueros, los llaman ustedes), otro par más de «vestir», dos vestidos, uno de «fiesta» y otro de «trabajo», tres blusas, tres *sweaters*, un par de camisetas o playeras, ropa interior y lencería para distintas ocasiones, un camisón, medias y *leggings*, el calzado adecuado para las distintas combinaciones y actividades... y los bolsos y complementos, las bolsas de aseo y de maquillaje... ¡Uf! Y que todo eso no supere los 23 kilos, incluyendo el peso «muerto» de mi linda maleta Samsonite Lite-Shock color azul-petróleo, rígida pero ligera, de cuatro ruedas multidireccionales; bueno, también contaba con la capacidad añadida de mi otra Samsonite pequeña, es decir, mi equipaje «de mano» y sus 10 kilos permitidos.